



CORÍN TELLADO

No vuelvo a ser
tu mujer

Índice

Portada
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Créditos

*"Menos mal te hará un
hombre que te persiga,
que una mujer que te si-
ga"*

B. GRACIÁN

CAPÍTULO PRIMERO

Todo mi afán y mi empeño era estudiar medicina. Quizás ello se deba al hecho de que mi padre era médico y yo sentía hacia él una admiración sin límites. De todos modos y por vivir constantemente en un ambiente concreto, lo fui madurando desde niña, por lo que no debe asombrar que me apresurara a estudiar y resultara al fin un bachiller brillante y que a mis escasos diecisiete años ingresara en la Facultad.

Pocas veces ocurren las cosas como una las planea y yo no podía ser la excepción, de modo que quizás mi destino se torció aquel día que al regresar a casa encontré a papá tendido en el lecho y con un semblante sumamente pálido y la mano agarrotada en el lado izquierdo de su pecho.

Sabina, nuestra servidora para todo y casi podía decir mi segunda madre, pues no recordaba apenas a la mía propia, se hallaba arrodillada en el suelo y al sentir mis pasos alzaba hacia mí la cara, crispada por una terrible interrogante.

No voy a referir aquí lo que sentí en aquel instante, ni cómo corrí al teléfono, ni cómo pude llamar a un amigo de papá, médico como él.

Mi historia, si así se le puede llamar, tiene este inicio, pero no es la basificación de mi desahogo, digamos escri-

to. En realidad tampoco sabía en aquel instante que mi destino tomara un giro de trescientos grados y que mi vida desde aquel momento iba a girar en sentido inverso.

Tampoco pretendo despertar lástima, ni arrancar lágrimas compasivas o emocionales con esta narración. Pero sí pienso que es una forma de introducirse en el laberinto humano de mi vida.

No poseía en el mundo más afectos que el de papá y Sabina. No deseo tampoco inmiscuirme en la vida íntima de papá y Sabina. En aquel entonces empezaba a intuir que no eran ajenos el uno al otro, si bien la nebulosa de mi cerebro remontada a la infancia y adolescencia, nada me hicieron pensar. Sin embargo, cuando tienes una cierta madurez recuerdas detalles, miradas, situaciones y las vas engarzando. Y eso me había ocurrido a mí, pero entendía que fuera cual fuera la relación de papá y Sabina, para mí era respetable, discreta y quizá entrañable para ambos, por lo cual yo debía aceptarla así sin comentarios ni ñoñerías.

Aquel día ni siquiera tomé en cuenta la mirada de Sabina totalmente espantada, con relación a lo que su vida íntima hubiera tenido de afectiva amorosa o sexual con papá.

Aquello para mí era muy secundario. Educada de una forma liberal, abierta y sin remilgos de ningún tipo, dedicada a los estudios con afán, todo lo demás carecía de interés, en particular en aquel momento.

Por eso insisto en mi tremendo dolor y en la forma en que me apresuré a llamar al médico, pero Sabina, con la mano de papá entre las suyas, me indicó por señas que ya lo había llamado ella.

Y en efecto, casi en seguida y antes de que pudiera reaccionar, entraron médicos, enfermeros y una camilla.

Papá falleció en el hospital ese mismo día sin recuperar el conocimiento, sin volver a mirar y rodeado por Sabina y dos amigos y, naturalmente, por mí que asida a los pies del lecho no entendí aún lo sola que me quedaba.

diando, así que le pregunté si tendría inconveniente en meter huéspedes para con la ayuda de la pensión continuar viviendo las dos.

—No sé aún lo que haré, Romy —me dijo una de las veces en que yo insistí—. Tengo que pensarlo.

No lo pensó demasiado porque a los tres días tuve la noticia. Fui reclamada en solitario a una notaría y si bien insistí para que Sabina me acompañara, declinó mi ruego o invitación y allí supe la triste verdad de cuál sería mi futuro en adelante.

El notario, con su habitual profesionalismo, me lo hizo saber sin ambages. Mi dolor para él no suponía nada. Estaba demasiado acostumbrado a presenciar escenas parecidas de estupor y de dolor. Y o sentía ambas cosas a la vez.

El estupor que me producía saber que papá me había dejado sin nada y el dolor de comprobar la terrible ambición de Sabina. Creo que fue el segundo dolor más grande de mi vida y, por supuesto, la primera decepción o frustración.

El piso no me pertenecía. Hacía tiempo, tal vez más de dos años que había sido escriturado para Sabina, lo cual me dejaba a merced de ella o en la solitaria calle.

Del piso, según el notario, podía llevarme mis enseres personales, pero absolutamente nada más, y me lo hacía saber por si prefería irme o quedarme con Sabina.

En aquella época yo no conocía el significado de la palabra egoísmo o ambición. En realidad para mí sólo había afectos, dolor, trabajo y un afán desmesurado de llegar a la meta que me había propuesto. Esto es, ser médico.

Sin embargo que todo aquello se hiciera sin saberlo, me resultaba incomprensible, pero aun así estimaba que Sabina quizá se hubiera merecido el premio por haber consolado a papá en los últimos años de su vida, aunque no fuera su esposa. En aquella época raro era el caso en que el señor se casara con la sirvienta, aunque, repito, siempre hubo excepciones, pero con papá y Sabina no se dieron, bien

porque Sabina no le interesaba, bien porque papá tuviera a menos llevar colgada de su brazo a su sirvienta. Fuera como fuere, yo tenía claro que la realidad se imponía y que no me quedaba nada excepto la pensión que, dicho en verdad, no era precisamente como para vivir un solo día en Marbella Club. Y cito esto por citar algo. Algo que en aquella época no creo ni existiese, pero sí hoy, porque de aquella niña de dieciocho años escasos, con dos cursos de medicina aprobados, ahora soy una mujer de veintiocho.

Han pasado muchas cosas desde entonces. Ha llovido una barbaridad, y lució el sol infinitamente.

Y en medio de lluvias y días radiantes he medrado yo, me hice mujer, sufrí y lloré y sentí goces y placeres.

Pero volvamos a aquel día en que llegué a casa esperando preguntarle a Sabina por qué habían escriturado el piso a su nombre sin decirme nada a mí. Considerando que tenía madurez y equilibrio mental suficiente para hacerme cargo. Creo que ni siquiera sentía rencor porque aún pensaba que lo que le pertenecía a Sabina, me pertenecía a mí por igual.

Mi sorpresa fue mucha cuando en vez de sentir a Sabina en el piso, vi sobre la consola de la entrada un sobre sujeto entre dos pinzas, sobre un florero con flores artificiales.

A la par que rompía la nema me miraba en el espejo y veía mis ojos desorbitados, de un azul turquesa, y mis cabellos lacios, pero abundantes y sedosos, de un color rubio natural y mis senos que se pronunciaban ya firmes y túrgidos.

Saltó un pliego y pude leer el contenido de aquél, lleno de faltas de ortografía, eso es cierto, con letra infantil y sin comas ni puntos. Pero eso era lo de menos. Lo de más lo entendía perfectamente, el contenido se entiende, la expresión, lo que Sabina quería decirme y me decía sin ninguna diplomacia o pudor.

II

No sé el tiempo que estuve sentada en el borde de la cama de mi cuarto mirando en torno, atisbándome a mi misma sin entender aún la tremenda decepción que sentía, la amargura y la incredulidad. Y mantenía, temblando entre mis dedos, el pliego de la carta.

No era dura, ni siquiera fría. Era el contenido de una situación irreversible que se expresaba en burda escritura y pobre dialéctica escrita:

«Querida Romy: —ponía la carta que aún volvía a leer—. Me he tomado la libertad de buscarte una fonda. Adjunto tarjeta con la dirección, lo cual te facilitará mucho las cosas. No puedo tenerte en el piso porque el rumbo de mi vida en adelante será muy distinto. Espero que te encuentres bien en tu nuevo alojamiento. Si algún día quieres visitarme, no tienes más que advertírmelo por teléfono. Como observarás tienes hechas las maletas. He metido todos los libros en dos cajones y pienso que nada de tus enseres ha quedado fuera de las maletas. Espero que en el futuro seas muy feliz. Te dejo un dinero en la mesilla de noche y además me he tomado la libertad de abonar un mes adelantado de la pensión. Espero, como te digo, que te encuentres bien. Recibe un abrazo de tu fiel Sabina».

de comercio y una joven que según supe por casualidad, desempeñaba el cargo de telefonista en un hotel.

Con la pensión exigua en verdad que me quedaba de papá, no podía hacer milagros ni vivir como estudiante. Así que como en aquella época podía poner inyectables y cuidar enfermos por la noche, me dediqué a eso, buscando aquí y allí ocupaciones en las agencias.

Dormía poco, comía mal y estudiaba enfermera con el fin de colocarme un día en un lugar fijo. La casualidad quiso que tuviera que atender a una parturienta y me resultó lo suficientemente fácil para dedicarme por ese camino.

Fue así, casi sin darme cuenta, que me hice comadrona titulada y como además era enfermera, no dejaba por eso de atender mis enfermos nocturnos.

Fueron dos años de un trabajo agotador, pero al fin logré hacerme con algún dinero para dejar la fonda y buscar un apartamento de alquiler donde monté mi pequeño consultorio como comadrona.

De Sabina supe mucho tiempo después y por casualidad. Fue un día que me llamaron para atender a un anciano enfermo en el mismo edificio donde yo había vivido con ella y papá. Se había casado. Pensé si habría cometido el tremendo impudor de tener dos amantes a la vez. Papá y el que actualmente era su marido. Pero eso ya era tan lejano a mí que no me produjo ningún asombro.

Por supuesto, mi carrera de medicina se había ido al traste, pero mi vida se iba resolviendo independiente y así me sentía casi, casi satisfecha. No tenía amigos ni me interesaban. Año y medio después de fallecer papá y como tenía aprobados dos cursos de medicina, conseguir entonces el título de enfermera comadrona me fue muy fácil. Y así encaucé mi vida.

* * *

Tenía inserto un anuncio en el periódico local (en uno de ellos, porque en la ciudad, cuyo nombre no importa, había varios) ofreciéndome para cuidar enfermos por la noche.

Este trabajo y mi dedicación durante el día a comadrona, me ayudaba a continuar viviendo e incluso ahorrando algo.

Una tarde me llamaron como tantas otras. Pero yo ignoraba que de nuevo mi destino dependía de aquel instante. Era la voz de un hombre que consideré joven. Me pidió que fuese a su casa, que su padre estaba muy enfermo y él agotado de pasarse noches en blanco y que debido a su final irreversible, en los hospitales ya no lo aceptaban.

No me asombré nada porque cosas así sucedían todos los días. Dije que iría a las diez de la noche y que cobraba tanto por esa noche, obligándome a mí misma a dejar el servicio a las ocho de la mañana.

En aquel entonces hacía servicios de nueve a dos de la tarde en un ambulatorio privado. Me pagaban bien. Atendía a futuras madres o a veces ayudaba a traer al mundo a un chiquillo precioso o una niña deliciosa... En las tardes recibía en mi pequeña clínica y solía dormir pocas horas, las que me permitía el servicio del día y de la noche.

El hombre que me contrataba dijo llamarse Álvaro Cuesta y vivir en tal y cual sitio. No era céntrico, pero tampoco un barrio. De todos modos yo me personé en su casa a las diez en punto, cabalgando sobre una moto que me había comprado para mis desplazamientos y que en realidad me hacía un servicio enorme. Aún no cundía el raterismo tan frecuente en la actualidad y candando la moto la tenía segura aparcada entre dos vehículos. La casa tenía un portal algo lúgubre, era de ladrillo rojo la fachada y en los balcones de los patios interiores había colgada ropa en ese afán que despierta una tremenda vulgaridad deprimente. Pero eso lo vi después.

—Pero lo dejé al verme sola y sin recursos. Ahora pienso que eso me enriqueció espiritualmente.

Que yo dijera semejante cosa a un desconocido resultaba sorprendente, pero el caso es que aún añadí:

—Ahora vivo sola e independiente y me gusta vivir así. Trabajo mucho, pero no me importa. Suelo descansar los fines de semana y eso me reconforta para continuar los lunes.

—Para eso hay que tener voluntad y valor. Sabrás que yo estudio arquitectura. Pero el día que me falte mi padre tendré que dejarlo. Y mi padre sufre una enfermedad irreversible y corta. Quiero decir que fallecerá pronto. Los hospitales no quieren enfermos mortales.

Me vi a mí misma casi dos años antes y me parecieron infinitamente largos aquellos dos escasos años, con sus días y sus noches y las tremendas soledades a que yo misma me sometía asumiendo mi papel social e individual.

—Ven —me dijo asiéndome por el codo—. No podemos continuar hablando de nosotros cuando papá sin duda necesita un calmante.

Noté que el piso era un apartamento chiquitito, que no estaba limpio, que carecía de comodidades. Entendí por ello que pagarme a mí sería un esfuerzo para el estudiante, pero no dije nada aún.

Vi al enfermo. Evidentemente estaba muy mal y calmado a base de sedantes. Vi las medicinas y entendí que vivía sedado constantemente, pero necesitaba ser velado.

No era un señor anciano, pero su aspecto indicaba que se hallaba envejecido al máximo.

—Hace seis meses que está así —me siseó Álvaro—. Y dos que lo enviaron del hospital con un tratamiento a base de calmantes.

—¿No tienes madre ni más familia?

—Nada. Mi padre trabajaba de viajante de comercio y con sus ganancias iba pagando mis libros y mis matriculas. Pero ahora... Además de perderle, me veré obligado a que-

darme con los tres años de arquitectura y hacer cualquier otra cosa. Pero no siento lo último. Cada cual ha de asumir su responsabilidad y el papel que le está encomendado. Lo que siento es perderle a él.

Noté su dolor.

Como el mió cuando vi a papá tirado en el lecho con las dos manos sujetándose el lado del corazón.

Sacudí mi melena rubia y noté el cordón que sujetaba mi pelo tras la nuca.

—Ve a descansar —le dije—. Yo me quedaré aquí. Dime cuándo le corresponde el inyectable.

—Lo tiene todo anotado aquí. Por supuesto que me voy a descansar.

Y se fue después de entregarme todo el tratamiento que leí con sumo cuidado a la tenue luz amarillenta que pendía de una esquina del cabecero de la cama.

* * *

Pronto nos hicimos grandes amigos, compartimos confidencias y silencios. El enfermo no daba trabajo, dado que vivía bajo los efectos de sedantes y sólo de vez en cuando, en la noche, le cambiaba las ropas de la cama.

A la semana Álvaro y yo conversábamos mucho y cuando fue a pagarme, le dije que lo dejara.

—Cuando ganes dinero, me pagas, Álvaro —le dije—. No te preocupes por mí.

—Tú vives de eso y yo aún cobro el sueldo base de mi padre.

—De todas formas, si ya conoces casi toda mi vida, entenderás por qué entiendo que tenemos muchos puntos de afinidad y no me siento con valor para cobrarte algo que comparto contigo con mucho gusto.

—Romy, eres una chica excepcional.